

El debate sobre la identidad de las nuevas iglesias. La situación en Italia

The debate on the identity of the new churches. The Italian situation

Giancarlo Santi

<https://doi.org/10.17979/aarc.2011.2.2.5047>

1. LAS NUEVAS IGLESIAS ITALIANAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

En Italia, en las seis décadas siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial, antes y después del Concilio Vaticano II, se han construido en los plazos más breves que permitía la tecnología y que la situación requería entonces, un número extraordinariamente elevado de nuevas iglesias. Los motivos que explican una voluntad constructora tan vasta y rápida que, creo, no tiene precedentes en otras épocas históricas, son varios: las enormes destrucciones bélicas, los terremotos recurrentes (Belice, Friuli, Irpinia, Umbria, Marche, Abruzzo), el notable crecimiento demográfico, las rápidas y profundas transformaciones económicas y sociales que ha atravesado el país y que han provocado un intenso y generalizado proceso de urbanización, etc. En el espacio de sesenta años, la Italia agraria se ha convertido en un país industrial, y después, en postindustrial.

No se conoce el número exacto de iglesias construidas en Italia durante la segunda mitad del siglo XX; los expertos estiman que puede oscilar en torno a cinco mil. Se trata de un número francamente alto, que se corresponde con una voluntad igualmente decidida desde el punto de vista proyectual, pastoral y económico. Es necesario precisar que en realidad, no se han construido solamente iglesias, sino *complejos parroquiales*, que incluyen la iglesia, las viviendas de los sacerdotes, y

salas para la catequesis, acciones caritativas y otras actividades. El complejo sirve de referencia y está al servicio de la población que reside en un territorio concreto —el territorio de la parroquia— en lo referente a la liturgia, la catequesis, la caridad y las diversas formas de encuentro y de formación religiosa. Para completar el panorama, hay que añadir que, al inicio del tercer milenio, no se puede decir que el problema de las nuevas iglesias en Italia esté completamente resuelto, aunque la etapa más dramática y urgente parece haber sido ya superada. Según informaciones suministradas por el Servizio Nazionale per l'Edilizia di Culto (Servicio nacional de construcciones para el culto) de la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Italiana, en el año 2009 todavía se encuentran en construcción treinta y cinco nuevos complejos parroquiales en Italia, y todavía hay trabajo para algunos años. Por ejemplo: en la periferia de Roma, la capital, se están construyendo algunos nuevos complejos parroquiales, y lo mismo en la diócesis de Milán (sólo en esta última diócesis, desde finales de la guerra se han construido más de trescientos nuevos complejos parroquiales). A causa de los daños provocados por el reciente terremoto en los Abruzzos, se necesitan al menos cuarenta iglesias provisionales.

La dirección y la responsabilidad de todo este trabajo ha estado —y aún permanece sólidamente— en las manos de simples obispos (y de sus administradores) de las diócesis, que al terminar 1984 eran 325, y que

después de dicha fecha han disminuido en número, descendiendo hasta 226. La Conferencia Episcopal Italiana (CEI) ha comenzado a interesarse por el problema de las nuevas iglesias en 1989, intentando sólo ayudar a las diócesis, no sustituirlas. El fuerte empeño de las diócesis italianas por construir nuevos complejos parroquiales, por tanto, ha nacido y se ha desarrollado a lo largo de los años de modo fragmentario, en ausencia de un proyecto y de una verdadera y propia guía unitaria a nivel nacional, y por la gran uniformidad de planteamiento se ha de considerar fruto de un extraordinario *sentir* común de los obispos italianos.

Desde el punto de vista financiero, las diócesis han podido contar en un primer momento con modestas subvenciones estatales. A partir de 1989, las diócesis italianas han podido contar —pero no en todos los casos— con contribuciones de la CEI, que destina a tal fin una considerable cuota del ocho por mil [de su presupuesto]. Un complejo parroquial cuesta actualmente en Italia, de media, en torno a unos tres millones de euros. Cuando el proyecto es financiado por la CEI, las tres cuartas partes del gasto previsto corre a cargo de la CEI, mientras que el resto corre a cargo de las diócesis y (cuando pueden) de las parroquias.

En cuanto a los proyectistas: en general, podremos decir que en el 99% de los casos su elección está en manos de los obispos (y de sus administradores), que los eligen sobre la base de su conocimiento personal. A partir de 1988, la CEI ha comenzado a convocar concursos que, sin embargo, suponen sólo un porcentaje mínimo de proyectos.

A finales de 1983, en Italia no existían *líneas de referencia* de carácter nacional a las cuales referir los nuevos proyectos en lo que se refiere a los aspectos dimensionales, financieros, litúrgicos y arquitectónicos. Cada diócesis procedía libremente en el seno de las tradiciones o costumbres propias, y con la máxima libertad. En algún caso —como ha sucedido en el caso de Roma, Milán y Bolonia— las mismas diócesis han procedido a elaborar directrices. A nivel nacional, una *discreta* forma de orientación, directa e indirecta, ha sido desarrollada por la Pontificia Commissione Centrale per L'Arte Sacra in Italia, instituida en 1924 y suprimida en 1989. Solamente en 1993 la CEI ha publicado la Nota pastoral «La progettazione di nuove chiese» (El proyecto de nuevas iglesias), que contiene las que podríamos considerar *directrices* para el proyecto de nuevas iglesias en Italia.

Los obispos italianos, con alguna excepción (Milán, Roma, Bolonia), no se han interesado explícitamente y de manera profunda por los aspectos culturales, arquitectónicos y artísticos de los complejos parroquiales que decidían construir. Por el contrario, se puede decir que por motivos de oportunidad pastoral y política, cuando se trata de construcción de nuevas iglesias los obispos han preferido mantener el perfil más bajo posible, también desde el punto de vista de la comunicación. Pastores celosos, temerosos de posibles reacciones internas en la Iglesia y externas a ella, se han preocupado de trabajar intensamente, pero sin hacer ruido. Su deseo era esencialmente uno solo: dar a las comunidades cristianas que se formaban en las periferias de las ciudades medianas y grandes, las iglesias y los servicios pastorales necesarios en poco tiempo y con el menor gasto posible de recursos financieros (bien para el proyectista, bien para la realización de la obra), en una situación en la cual los recursos pecuniarios escaseaban y en un contexto político, administrativo e ideológico a menudo difícil, cuando no francamente hostil.

El asunto de las nuevas iglesias ha sido considerado durante mucho tiempo por los obispos italianos como una verdadera emergencia pastoral. En cuanto a los problemas arquitectónicos, artísticos y litúrgicos, los obispos confiaban en la capacidad proyectual de los arquitectos, elegidos por ellos casi siempre entre profesionales conocidos y de confianza, considerados capaces de cumplir con su obligación. Los obispos y la comunidad cristiana, sin declararlo, esperaban de los arquitectos iglesias que fuesen iglesias a todos los efectos: edificios sólidos, bien contruidos, duraderos, reconocibles como tales, en la línea de la gran tradición arquitectónica italiana que había elaborado en el transcurso de los siglos modelos repetitivos y fácilmente identificables.

En los años del papa Pío XII —caracterizados no por una rígida clausura, como había sucedido con el papa Pío XI hasta 1939, sino por una cauta apertura en lo referente a lo contemporáneo—, los obispos no excluían en absoluto una moderada apertura respecto al lenguaje de la modernidad. Existía en casi todos la consciencia de que los modelos históricos no eran inmutables por principio, sino que al contrario, se habían interpretado de modo diverso, se habían modificado muy lentamente en el transcurso del tiempo, teniendo en cuenta las tradiciones formales y constructivas vernáculas. El tácito presupuesto en el

cual se basaba la confianza de los obispos y de la comunidad creyente en los proyectistas era que dicha evolución lenta estuviese aún en vigor, que fuese la norma. En otras palabras, que la tradición cultural italiana estuviese aún viva, todavía fuese fecunda, y que no hubiese conocido fracturas o desgarros. Aunque de este modo, no obstante, en presencia de condiciones eclesiales, históricas y culturales sólo parcialmente favorables, y contando con la caída de las posiciones de rígida clausura hacia la cultura contemporánea, se inicia de hecho y de modo silencioso una nueva etapa, en la cual se ha puesto en marcha una búsqueda que todavía continúa. Se puede decir que el tiempo del Concilio fue anticipado por la arquitectura de las nuevas iglesias.

2. LAS VALORACIONES

Las valoraciones de los nuevos complejos parroquiales italianos realizados en el periodo que habíamos elegido para analizar han resultado bastante diferentes según los sujetos que las han expresado y se han modificado en el transcurso del tiempo. Por comodidad diferenciaremos las valoraciones en tres categorías: las de los fieles, las de los pastores y las de los críticos comprometidos.

No disponemos de estudios que nos informen respecto a las valoraciones de los fieles de las cerca de cinco mil parroquias italianas en las que se han construido nuevas iglesias. Parece que, salvo casos raros, no han sido interpelados al respecto de forma directa. La crítica de los fieles, sin embargo, no ha faltado. Ha tomado forma *operativa, activa*, más que reflexiva y escrita. Si observamos el comportamiento de los fieles, es posible verificar que las nuevas iglesias y los respectivos complejos parroquiales han sido rápidamente admitidos y ocupados sin más problemas por las comunidades respectivas. No ha sucedido que ninguna nueva iglesia haya sido rechazada ni abandonada, ni después de un tiempo modificada radicalmente. Los fieles, sin embargo, se han mostrado muy libres al valorar las nuevas iglesias, incluso las proyectadas por arquitectos famosos. Resulta, en efecto, que han sacado rápidamente a la luz carencias de varios tipos relativas a algunos puntos: el programa iconográfico y las imágenes religiosas, la iluminación natural y artificial, la acústica, el mantenimiento, la climatización estival e invernal, los espacios exteriores como el atrio, etc. En consecuencia, durante el transcurso de los años, casi toda nueva iglesia se ha

interpretado y terminado con notable libertad por parte de la comunidad respectiva. El proceso de asimilación ha sido más o menos respetuoso con el edificio en cada momento. Es preciso reconocer que en más de un caso las intervenciones de *conclusión* se han realizado sin informar al proyectista y sin tener en cuenta sus indicaciones. En algunos casos los proyectos se han finalizado, en otros no; en general, por falta de recursos financieros, y a veces, por no ser aceptado el proyecto. Si se pudiesen comparar los proyectos de las nuevas iglesias con las obras efectivamente realizadas en los mismos edificios en el transcurso de los años, probablemente podríamos disponer de elementos útiles para entender qué es lo que han captado y aceptado realmente los fieles de las nuevas iglesias y qué es lo que no han aceptado.

Del hecho de que las comunidades cristianas ocupan y usan regularmente y con cierta libertad las respectivas iglesias sin particular dificultad, parece razonable deducir que las mismas comunidades cristianas *se reconocen* totalmente en las nuevas iglesias y en las construcciones parroquiales, o que al menos han encontrado una buena acogida. Para concluir, parece ser que los fieles italianos habían detectado en alto grado problemas referentes al perfil constructivo y tecnológico de los nuevos complejos parroquiales, y en menor grado problemas de identidad.

Las valoraciones expresas de los pastores —los obispos— fueron en general positivas, aunque vagas. Sin hacer demasiadas distinciones, han valorado de forma muy positiva este hecho: que los nuevos complejos parroquiales se han construido con celeridad y a bajo precio, y que desarrollan dignamente su cometido.

Solo de modo gradual, hacia los años noventa, ha venido emergiendo una valoración generalmente crítica, tanto por parte de los fieles como por parte de los pastores en relación con algunos aspectos arquitectónicos de los nuevos complejos parroquiales. Pero se ha tratado de un descontento poco definido.

Las valoraciones que han realizado los críticos comprometidos sobre la arquitectura de los nuevos complejos parroquiales italianos, en cambio, han sido variables en buen número, y por diversos motivos han sido en general más bien negativas. Es preciso observar en primer lugar que la nueva arquitectura eclesial, aún siendo un fenómeno impresionante desde el punto de vista cuantitativo, ha sido sustancialmente ignorada por la crítica italiana. Se consideraba un producto constructivo falto de interés desde el punto de vista arquitectónico.

A lo sumo, se había asimilado a la nueva construcción residencial, a los servicios sociales como escuelas y hospitales. Las principales revistas italianas de arquitectura, salvo casos raros (las iglesias de arquitectos conocidos como Giovanni Muzio, Ignacio Gardella, Gió Ponti, Ludovico Quaroni, Giuseppe Vaccaro, Angelo Mangiarotti, Adalberto Libera, Carlo Scarpa, Vittorio Gregotti, Paolo Portoghesi y algunos otros), no han publicado proyectos de nuevas iglesias ni han afrontado el fenómeno en toda su amplitud.

Las nuevas iglesias singulares proyectadas por arquitectos conocidos o muy innovadores (como las de Giovanni Michelucci, Renzo Piano, Richard Meier y Maximiliano Fuksas) han provocado tomas de posición y polémicas de amplia resonancia, destinadas, sin embargo, a desvanecerse rápidamente.

Según críticos competentes, aunque se ha tratado de posiciones aisladas y muy parciales incluso desde el punto de vista ideológico, el tema sacro no podía ser —no era— de la incumbencia de la arquitectura contemporánea.

Esquemmatizando y simplificando mucho, las críticas dirigidas hacia la arquitectura de las nuevas iglesias italianas se pueden reducir a dos. Vistas desde el exterior, las nuevas iglesias muestran una pobre calidad arquitectónica y una débil identidad, o incluso están privadas de identidad o son ambiguas. Vistas desde el interior, las nuevas iglesias, a menudo austeras y desnudas, son acusadas de asemejarse con frecuencia a edificios protestantes o a indefinidos edificios públicos. En síntesis: las nuevas iglesias italianas son acusadas de estar dotadas de identidad débil y poco definida respecto a una tradición en la cual las iglesias eran inmediatamente reconocibles desde lejos en cualquier paisaje, y en su interior, muy ricas en ornamentación e imágenes.

Solo en tiempos recientes se ha añadido una tercera crítica: la calidad litúrgica de las nuevas iglesias. A este propósito, hasta hace poco tiempo la crítica más difundida era que las nuevas iglesias italianas no habían asimilado suficientemente la lección de la reforma litúrgica, o lo que es lo mismo, que no estaban todavía del todo en sintonía con el Concilio Vaticano II. Muy pocos años después de la primera crítica, una minoría muy ruidosa y polémica de fieles y de críticos acusa a las nuevas iglesias italianas de haber interpretado de modo muy radical el Concilio Vaticano II, y de haber olvidado por completo el de Trento.

2.1 Las valoraciones de los críticos comprometidos. El contexto.

La recepción de la nueva arquitectura eclesial en Italia por parte de la crítica comprometida constituiría por sí mismo un interesante tema de investigación. Incluso solo para analizarla de modo somero sería preciso situarla en su contexto histórico y cultural, depurándola, en lo posible, de vistosos componentes ideológicos, y en tiempos recientes, de componentes mediáticos (ambos inevitables y a su manera necesarios, aunque a menudo unilaterales, parciales y distorsionadores).

Dicha recepción ha sido sobre todo un fenómeno ocasional, que ha conocido épocas, motivaciones y formulaciones diversas. De hecho, nunca se ha desarrollado un debate explícito verdadero y apropiado, ni en el ámbito eclesiástico ni en el civil. Ocasionalmente, han salido a la luz fragmentos de reflexiones, de reacciones a eventos singulares, pero no un trabajo crítico amplio y articulado.

Por otra parte, el contexto eclesiástico y civil no favorecía ni éste ni otros debates sobre cuestiones religiosas. En efecto, la Iglesia italiana no ha hecho mucho por promoverlo dentro de sí, desde el momento en que las preocupaciones pastorales han prevalecido ampliamente sobre las culturales. Tal como es conocido, las diócesis italianas no han sabido estimular al mundo de la cultura y de la universidad en materia de arte y arquitectura. Por otro lado, en la Iglesia, las reflexiones sobre arquitectura, arte y liturgia se han dejado para pequeños centros culturales elitistas.

Por su parte, como es sabido, a partir de la unidad de Italia, la cultura italiana ha prestado poca atención a los temas religiosos (desde entonces, por otro lado, se han sucedido periodos históricos que han contemplado las hegemonías liberal, fascista y marxista). La situación parecía tener que cambiar a partir de 1989, con la caída del Muro de Berlín y el fin de la hegemonía cultural marxista. La situación, en cambio, no ha cambiado sustancialmente, tanto por una persistente timidez cultural de la Iglesia como por la aparición en la cultura italiana de posiciones marcadamente laicistas, muy ruidosas en el panorama mediático, que tienden a excluir toda relación fecunda entre cultura y religión.

2.2 Las valoraciones en el ámbito eclesiástico. El contexto.

Las reacciones más difundidas que han aparecido gradualmente en el ámbito eclesiástico frente a las

nuevas iglesias han sido, como ya se ha dicho, muy frecuentemente, genéricas. Ha aparecido un *sentimiento* de decepción y desazón en la consideración de la identidad de las nuevas iglesias, no de rechazo ni de nostalgia de los estilos históricos. Parece que, por una parte se han defraudado grandes expectativas, y por otra no se han avanzado propuestas alternativas. En síntesis: la innovación parece ser el único camino a recorrer hoy.

No parece sin embargo que se haya dado con los motivos profundos de tal sentimiento de desilusión, es decir, los motivos de tipo histórico, cultural y religioso que se hallan en la raíz de la crisis de identidad de la arquitectura de las iglesias, como en general, de toda la arquitectura italiana.

En primer lugar, desde el punto de vista histórico, es preciso recordar la profunda recaída que ha supuesto para toda la arquitectura institucional italiana de posguerra la experiencia cultural de las dos décadas de dominio fascista. Según es sabido, durante los años veinte y treinta, el régimen fascista, obsesivamente estatista, se empeñó, como los demás regímenes totalitarios europeos, en dar la máxima relevancia a los edificios del Régimen y a las instituciones del Estado, atribuyéndoles formas marcadamente monumentales, hasta el punto de inducir en la mentalidad de la gente una especie de identificación entre fascismo y monumento. El retorno a la democracia parlamentaria, bajo la bandera de un fuerte antifascismo, ha marcado el rápido abandono de este planteamiento del tema en los años siguientes. La democracia, en la arquitectura italiana, ha sido sinónimo de un radical antimonumentalismo. El monumento fue identificado durante mucho tiempo con la *arquitectura fascista*. Toda arquitectura que aspirase a testimoniar en el tiempo algún valor, aunque fuese solo vagamente, resultaba políticamente incorrecta. Es preciso añadir que el antifascismo se ha utilizado como arma de la cultura y la política de inspiración marxista en la contienda desencadenada desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta 1989, que ha sido a la vez política y cultural, contra las demás culturas presentes en Italia: la de matriz liberal y la de matriz católica. Todo esto ha incidido profundamente en la arquitectura italiana, y ha dejado muchos escombros en el terreno de la cultura, en la teoría y en la práctica.

En segundo lugar, es preciso recordar las raíces estrictamente culturales de la crisis de la arquitectura institucional y, más en general, de la crisis de la tipolo-

gía en arquitectura. En efecto, la arquitectura moderna, tal como se expresa en las distintas manifestaciones del Movimiento Moderno, se ha apartado de todo resto de referencia a la tradición histórica, ha intentado romper el vínculo con una tradición considerada como sofocante, y ha madurado una posición muy fluida en materia de tipos institucionales hasta negar la existencia de casi todo interés específico. Y, además, ha puesto en el centro de su mismo compromiso los temas de la vivienda, del trabajo, de la cultura y del tiempo libre, y sólo en pequeña medida el tema de las instituciones. De forma consciente, ha dejado al margen los temas religiosos, considerando que la religión pertenece a la experiencia individual y no a la vida social (contra toda evidencia, por otra parte, desde el momento en que todos los maestros de la arquitectura moderna se han adentrado en temas religiosos). Además, a partir de la última posguerra, cabe destacar que gracias al acceso masivo de los ciudadanos a la universidad, el perfil cultural y profesional de arquitecto italiano cambia profundamente; y que con la multiplicación de las escuelas de arquitectura y con su profunda reforma ha cambiado también el perfil de la propuesta formativa.

En tercer lugar, es necesario situar el problema de la identidad de las nuevas iglesias en el contexto de la evolución religiosa de la sociedad y de la evolución de la misma Iglesia en cuanto a sus relaciones con la sociedad.

La sociedad italiana ha asumido de modo muy claro las señas de identidad de una sociedad secularizada no dispuesta a atribuir un papel ni central ni siquiera destacado a las experiencias y a las comunidades religiosas, reduciéndolas compulsivamente a un asunto privado. Las consecuencias de este proceso de secularización se han hecho sentir en el plano urbanístico (solares para la construcción de complejos parroquiales adjudicados con gran dificultad y elegidos por su insignificancia residual) y, a nivel formativo, con la práctica exclusión de temas religiosos —incluidos los artísticos e históricos en su dimensión religiosa— del mundo de la enseñanza y de la investigación universitaria. La consecuencia de todo ello es que las bases de conocimientos fundamentales para el diseño de iglesias han venido a menos. Estas consecuencias no podían faltar, ni siquiera al nivel estrictamente arquitectónico.

La Iglesia, en los años inmediatamente anteriores al Concilio Vaticano II y sobre todo en los siguientes, mientras iniciaba relaciones de diálogo y colaboración con la

sociedad y la cultura contemporánea, reconocía que la sociedad italiana estaba cada vez más secularizada. En consecuencia, la Iglesia italiana se ha propuesto de modo cada vez más consciente el objetivo de la nueva evangelización. En este contexto, se ha planteado seriamente el problema de las formas apropiadas para materializar la presencia de la Iglesia en las ciudades, es decir, la forma/identidad de las nuevas iglesias. Una forma que ya no podía ser la del pasado ni podía estar preestablecida, y por lo tanto, solo podía ser fijada como objetivo de búsqueda. De lo cual, inevitablemente, surge la necesidad de comenzar la búsqueda de nuevas imágenes de iglesia. Una búsqueda no formalizada sino en términos generales de *proyecto cultural* y, en el caso concreto, individualizada solo en cuanto a los procedimientos, a los límites y al método, y por tanto *abierta*, inevitable, y sin alternativas.

3. LAS FRONTERAS Y LOS PROTAGONISTAS DE LA BÚSQUEDA

Volvamos ahora a reflexionar brevemente sobre el tema de la identidad de las iglesias desde un punto de vista más analítico, es decir, a partir de las intenciones/expectativas reales del cliente, de sus asesores, de los diseñadores y de los artistas. De su convergencia libre, paciente y sistemática, podrán nacer obras integradas en la tradición y testimonios de la contemporaneidad, las dos condiciones que permiten dar una respuesta consciente a la demanda/exigencia de identidad que manifiestan las comunidades cristianas para sus iglesias, sin saber ni poder especificar estrictamente a priori los estilos y cánones.

3.1 El cliente

Las directrices para un estilo unitario dadas por los obispos italianos —los principales clientes— en el tema de la identidad de las iglesias, están presentes en la Nota pastoral «La progettazione di nuove chiese», del 18 de febrero de 1993.

Es interesante resaltar que en ese documento los obispos italianos no han propuesto ni sugerido —y mucho menos impuesto— *tipos* concretos (la iglesia en cruz latina) o modelos específicos (la nueva iglesia del Gesù), ni siquiera un sistema establecido de normas asimilable de algún modo a las famosas *Istruzioni* de san Carlos Borromeo. Como san Carlos, los obispos italianos se han confiado a la sabiduría interpretativa de los arquitectos.

Han preferido indicar un método proyectual *eclesial* (que considere implicada de algún modo a la comunidad eclesial) y *multidisciplinar* (que considere al arquitecto colaborando con un artista y asesorado por un especialista en liturgia en presencia del cliente), reclamando la atención del proyectista sobre cuestiones fundamentales de carácter pastoral.

En materia de identidad, estas notas se han reducido a indicaciones escuetas, marcadas por la confianza en la arquitectura (nº 24).

El contexto teológico que ha servido de fondo a esta Nota pastoral está constituido por las disposiciones del Concilio Vaticano II en materia de revelación, naturaleza y estructura de la Iglesia, relaciones entre Iglesia y sociedad, y liturgia. Es decir, que los obispos, a través de la Nota pastoral, piden a los proyectistas iglesias que tanto en fase de proyecto como en su definición formal definitiva, sean manifestaciones de la Iglesia tal como el Vaticano II la ha definido: una Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios (Dei Verbum), una Iglesia pueblo de Dios y misterio (Lumen Gentium), una Iglesia en oración (Sacrosanctum Concilium), una Iglesia en diálogo con la sociedad contemporánea y en actitud de servicio, no de dominio (Gaudium et Spes).

La Nota pastoral, además, se ha concebido conscientemente en continuidad con la tradición secular de la Iglesia en materia de arte y arquitectura, una tradición fácilmente reconocible en las decisiones del largo periodo vivido por la Iglesia latina en el transcurso de dos milenios.

Como es sabido, la Iglesia latina, a diferencia de las Iglesias orientales, no ha *canonizado* al arte y la arquitectura para la liturgia. Asumiendo la perspectiva agustiniana de la Iglesia en la historia, la Iglesia latina ha elegido dialogar intensamente con una cultura contextual en continua evolución, compartiéndola y secundándola en lo que era posible. Se ha reservado el valorar y el aceptar o no las diversas obras de arte y arquitectura (Concilio de Trento, 1545/63). Se ha reservado el papel de cliente (Concilio de Nicea, 787). Se ha reservado el papel de formadora de los artistas (Concilio Vaticano II, 1962/65). Ha dejado libertad a los artistas (Concilio Vaticano II). Y se ha confiado a la capacidad interpretativa de los artistas, en la contemporaneidad, sin exclusión de escuela o de tendencia (Concilio Vaticano II).

Pasando de la clientela institucional —los obispos— a la clientela/usuario, es difícil imaginar cómo habían sido y como son de hecho las expectativas de las comunidades cristianas para las que se han proyectado —y siguen todavía proyectándose— nuevas iglesias en Italia. Se trata de comunidades muy articuladas y culturalmente heterogéneas, compuestas por personas, familias y grupos provenientes de diversas áreas culturales italianas, incapaces de formular propuestas o requerimientos unitarios. Se trata de una clientela firmemente anclada a la cultura popular tradicional, más que a la elitista, que espera de los arquitectos un trabajo paciente de escucha y de síntesis.

De los especialistas en liturgia y de los teólogos han llegado pocos estímulos a los proyectistas. En efecto, también en Italia las disciplinas teológicas han recorrido caminos de renovación, que solo muy lentamente se están abriendo a la dimensión estética. Pero también aquéllos requieren una contribución básica en un tiempo de grandes incertidumbres y vaivenes que las disciplinas teológicas pueden ayudar a discernir.

A su vez, los caminos de investigación recorridos por los arquitectos y por la arquitectura en Italia en los últimos sesenta años son múltiples y se caracterizan, como en el resto del mundo, por la irreductible pluralidad de lenguajes y por un progresivo debilitamiento de las referencias culturales eclesiales. Desde distintas posiciones, sin embargo, han proporcionado y pueden proporcionar todavía contribuciones capaces de responder a las expectativas expresadas —aunque no aprobadas— por las comunidades cristianas. Esto será posible mientras los arquitectos sepan estar a la escucha de lo que la clientela eclesiástica propone, interpretándolo de manera responsable.

Los artistas, al igual que los arquitectos, han desarrollado una búsqueda a menudo sensible a los valores espirituales, pero recorriendo vías lejanas y extrañas al mundo eclesial, entendido como un punto de partida de difícil aproximación. También a ellos se les ha preguntado, y de ellos se pueden esperar respuestas válidas, siempre que se definan caminos de encuentro y de intercambio profundo con la clientela eclesiástica. Como los arquitectos, también ellos han sido y continúan siendo parte viva de una investigación en curso.

4. LA INVESTIGACIÓN Y SU CONTEXTO

Concretamos las características principales de esta investigación en curso.

Durante la segunda posguerra, en Italia se ha puesto en marcha una búsqueda que es a la vez eclesial y social, y que pertenece a la dimensión cultural; es una realidad dinámica y parece imparable. Tiene como objeto la forma física de la iglesia en correspondencia con la Iglesia actual (que no se puede separar de su historia). Esa búsqueda engloba inevitablemente también el problema de la identidad de las iglesias, sin lograr argumentarlo más que en términos generales y como exigencia. Goza de un amplio margen de libertad, y procede aún de modo casi totalmente espontáneo, en condiciones de intercambio, no de cerrazón/enfrentamiento respecto al contexto social y cultural del momento, que a su vez está en proceso de transformación.

La investigación, tras haber estado largo tiempo *sumergida*, está emergiendo, es decir, está entrando en una etapa pública, propagada y consciente.

La búsqueda de la calidad, no solo de la cantidad, se ha vuelto ya un elemento revalorizador, aunque no capital de la búsqueda en la práctica.

Concluimos precisando cuatro características importantes del contexto en el cual se desarrolla esta búsqueda, y que sin duda, la condicionan notablemente.

Un contexto histórico en el cual las búsquedas artísticas tienden a diversificarse y a renovarse continuamente, a enfrentarse e intercambiarse sin límites cronológicos y geográficos, a la vez que las diversas materias —arquitectura, artes, liturgia— y las disciplinas teológicas, mientras se aproximan, se esfuerzan por encontrarse y dialogar.

Un contexto pastoral que permanece poco participe y escasamente sensibilizado respecto al tema de la puesta al día; no cerrado a la contemporaneidad, pero habituado al lenguaje de la tradición popular, extremadamente contenido, nunca dado a la ruptura.

Un contexto fuertemente mediático que, a la vez que amplía enormemente los límites de la información especializada y las posibilidades de asimilación, estimulación, mestizaje e intercambio, está asumiendo al mismo tiempo tonos agresivos y provocadores. Este clima no facilita, por supuesto, las reflexiones y valoraciones sosegadas, y sí ajustes de cuentas que exacerban las diferencias y crean enfrentamientos superficiales.

Un contexto eclesial que pese a su comprobada lealtad al Concilio Vaticano II, ya no es sereno ni ingenuo, sino que presenta corrientes polémicas que antes estaban ausentes. Salen a la superficie posiciones recelosas, e incluso explícitamente opuestas —total o parcialmente— a las decisiones del Concilio. Anteriormente latentes, estas posiciones nos parecen estériles. No aportan alternativas, sino todo lo contrario: resultan paralizantes y disgregadoras.

5. BIBLIOGRAFÍA

Augusto Romano Burelli y Paola Sonia Gennaro, «La dimora del Nome. Considerazione sull'architettura del sacro», Aion, Firenze, 2008.

Severino Dianich, «La Chiesa e le sue chiese», San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), 2009.

Roberto Gabetti, «Chiese per il nostro tempo. Come costruirle, come rinnovarle», Elledici, Torino, 2009.

Stefano Sodi et al., «Giovanni Michelucci e la Chiesa italiana», San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), 2009.

Crispino Valenziano, «Architeti di chiese», EDB, Bologna, 2005.